

R C-2654-24

CARLOS OLIVERA

~



La Vena Ocultas



BUENOS AIRES
LIBRERÍA "LA FACULTAD"
JUAN ROLDÁN
418, Florida, 418
1910



LA VENA OCULTA

R 119597

C° 2654-24

CARLOS OLIVERA

LA VENA

OCULTA



BUENOS AIRES
LIBRERIA «LA FACULTAD»
JUAN ROLDÁN
418, Florida, 418
1910

[Handwritten signature]

EL HILO SECRETO

Hay un elemento del espíritu humano que ha escapado á la clasificación de los moralistas. Los poetas no lo mencionan. Ocupados de la flor, olvidan el hongo que la mina. Los novelistas lo presentan á veces, pero no lo corporizan. Es vago y anónimo; se desliza como la sombra, sin ruido, sin fisonomía, sin historia. Homero no lo ha sospechado. Aristófanes ha trazado de él algunas siluetas fugitivas, perfiles casi borrados, que completan la figura de sus enemigos, que contribuyen á explicar sus ódios, pero que, aislados, no llegan á formar ninguna imágen.

Solo en la Biblia hay lo que podría llamarse negativos de esta faceta. Aquí el hombre aparece, como en ningun otro libro, for-

mado de los instintos contradictorios que hacen de él un animal complejo, vacilante, mezcla de buenas y de malas tendencias, de buenas y de malas acciones. La Biblia tiene un valor psicológico inmenso. Ni el Koran ni el Evangelio alcanzan á esa altura; son obras de lucha, que reflejan una sola voluntad y buscan un solo ideal; provienen de hombres profetas, entusiastas, enamorados del poder y de la gloria. La Biblia, al contrario, es una crónica desinteresada, una fotografía del alma hebráica, la onomatopeya de los primeros latidos del corazón humano, la historia documentada de la evolución mental de toda una raza. Los pensamientos que han vibrado en esa masa colosal, han quedado estampados en su literatura, con la inconsciencia, pero también con la exactitud de esas huellas que nos revelan, en el suelo de otras edades, los movimientos de los animales que los visitaron.

Shakespeare ha encontrado que el alma humana era irreductible á la visión sintética; que una sola mirada no podía abrazar su ex-

tensión ni un solo análisis explicar su complejidad. Sus personajes son como símbolos. Reflejan un minuto de vida intensa, ardiente, rápida. La alta temperatura que respiran no les permite vivir más que el tiempo que duran su heroísmo, su pasión ó su enfermedad.

Machiavelli considera el fenómeno humano del punto de vista mecánico, olvidando el lado opuesto, que complica inmensamente la cuestión. Rabelais lo anega en el fango de su tiempo. Voltaire lo prostituye á fuerza de manosearlo. Goethe lo purifica, al contrario, en el altar del panteísmo, sustrayéndolo así al estudio de su composición individual. Unos lo ensalzan, otros lo degradan; ninguno le hace justicia. La Bruyère, que lo pinta con el realismo de un Albert Dürer, se pierde en los detalles. La Rochefoucauld, que hace su anatomía, olvida el juego de toda la máquina.

La España lo vé á través de su caballería andante, segun que la civilización la aproxima ó la aleja de ese prisma permanente de su espíritu. La Alemania lo sueña héroe y místico. La Inglaterra lo hace un elemento de política internacional; su tipo es Robinson. La Francia lo pulimenta para los salones;

Zola no ha conseguido llevarlo al lupanar. Cada pueblo, cada época, cada artista, lo ve á través de su ideal interior. Los escritores sólo nos presentan los modelos convencionales del hombre.

Esto prueba que la pintura literaria es indescriptiblemente difícil. La bondad, la maldad, la astucia, el amor, el ódio, el valor, la cobardía, la cólera, la avaricia, todo ha sido estudiado y representado por grandes y sublimes maestros. Pero el hombre no es ninguna de esas pasiones; es todas esas tendencias á la vez. El sábio, que surge de una biblioteca, imbuído en distinciones y clasificaciones, nota que el mundo no se compone de los entes empaquetados y rotulados que los autores le han hecho conocer. Si la pendiente de su espíritu es el excepticismo, encuentra corazones que derrotan todos sus cálculos. Si esa pendiente lo lleva á la bondad, está perdido. El más inepto de los mercaderes jugará con él y con su exquisita observación, como con un niño. El político de más baja esfera, reirá á carcajadas de su ino-

encia. La mujer menos astuta, se divertirá á sus expensas como un gato con un raton. Los dandies, que no conocen ni de nombre á Newton, que ni sospechan siquiera la profundidad de los sueños que han visitado el espíritu humano, lo dejan estupefacto, pequeño, ridículo, en cualquier salon.

Este hombre de la naturaleza es el que falta estudiar. Los que llegan á conocerlo, guardan silencio, perpetuando así, por una diplomacia que el interés explica, el secreto de tantos siglos. De cuando en cuando, aquí y allá, estalla una maldición: son los impacientes que se disgustan. Arquíloco es un anillo de la serie en que hallamos á Swift, Byron y Schopenhauer. Lord Chesterfield ha tratado de revelar el misterio, sin protestar, y se ha hecho odioso. Heine ha sido más espiritual.

Los únicos que nos dejan ver sin pasión la múltiple fisonomía del hombre, son los cronistas. Humildes instrumentos, impersonales, fotógrafos, coleccionistas de líneas y de colores, no han podido mezclar ni sus intereses ni sus ideales al complicado desfile que con-

templaban. Han anotado los sucesos con menor ó mayor exactitud que una máquina; las figuras que los centralizaban ó dispersaban, han quedado reproducidas con tanta fidelidad, que los retratos así obtenidos, no pueden encontrarse sinó en los estantes secretos de las bibliotecas.

En primer lugar, la Biblia, elevada por la industria sacerdotal á la categoría de revelación superior. ¡Cuánta luz hay en ella, que explica lo que ningún romance ha explicado jamás! Esos hombres que solo en la adversidad son fieles, que no obedecen pero que se someten, que roban, traicionan y matan siempre que tienen alguna probabilidad de éxito, esos son hombres verdaderos! Froissart, de Brantôme, Saint-Simon, ahí está la historia del corazón humano. Los artistas endiosan, singularizan, subliman los tipos de su elección. Yago no es el traidor, es la traición. Y el hombre no es absoluto en nada, ni en la maldad. El caballero de Gramont, he ahí una figura viva!

El talento aprecia la verdad, pero la somete á su prisma, y eso basta para disfrazarla. Saint-Simon no ve las cosas como Madame

de Sévigné; pero ambos retratan, y valen más sus impresiones que el análisis de La Bruyère.

Yo he visto muchas veces esa vislumbre olvidada por la literatura; ella polariza la luz de todas las demás facetas del diamante humano, y lo convierte en un problema tan complejo, que apenas el espectáculo del cielo en una noche estrellada parece más insondable. Su análisis requeriría un volúmen, y la más alta contención del espíritu no bastaría para pintarla.

Es el gusano que se forma en cada fruto. Fulgura, á veces, como un relámpago de protesta en los actos heróicos; otras, está en el abrazo de un amigo, en el beso de una mujer, en la mirada indiferente de un desconocido, en la sonrisa benévola de un portero, en una carta cariñosa, en una promesa solemne, en el silencio de un auditorio, en los aplausos de una multitud....

Ella constituye la base de la sabiduría popular, de ese instinto certero que penetra las intenciones más ocultas del filósofo, del hom-

bre de Estado, del profeta, y que hace encogerse desdeñosamente de hombros al ignorante, allí donde el poeta cae de rodillas. Es el alma del gitano y del gaucho argentino, que sin estudio alguno, contemplan las más altas cumbres del pensamiento, sin pestañear, como desde un trono. Es la corriente subterránea que nos hace preservar la actitud del combatiente en medio de las mayores ternuras. Es el polo negativo de la electricidad moral que nos satura y que nos hace volver los principios más generosos pero más impracticables, al mundo de la fantasía donde surgieron, como un acero roto á la vaina orgullosa que lo encerraba.

Ante ella, el alma extraordinaria de Hamlet vibra de dolor como una cuerda golpeada por mano brutal; y se quiebra gimiendo. Su presencia hiela la inspiración religiosa, mata el verso en los labios del poeta, y crea la razón de Estado. A ella sacrificamos el corazón y prostituimos la cabeza. Esa es la vida!

BAJO LA MASCARA

..... Al fin y al cabo, divertirse es una necesidad. «Afloja de cuando en cuando la cuerda de tu arco», decía Ciro. Y los higienistas contemporáneos nos aconsejan no ser tan virtuosos que nos incapacitemos para una calaverada forzosa.

Bajo la máscara, qué estúpida parece la vida, sin embargo!... Toda esa gente ¿qué anda buscando? Un poco más de ruido, de emociones, de caricias á la vanidad, probablemente. Esto me parece infantil. En cuanto á ruido, movimiento, sensación de no estar solo, no lo pueden buscar sinó los que se temen á sí mismos, esos millones que se encuentran enemistados con su propia conciencia, y que se huyen.

Pero emociones, hum! eso quizás..... pero

fuera de las que aquí no pueden recibirse, cuáles son las que valen la pena?

Porque, seguramente, la inmensa mayoría de estas mujeres saben de la vida y de la sociedad y del mundo, tanto como yo, ó más... Luchar con ellas puede interesarme la cabeza, pero el corazón, bah!... Sin embargo, flores ha de haber, botones han sido todas... Qué curioso, eh? Que el mayor placer consista en enseñarlas á combatirnos? La idea de pescar una de esas cachorritas ideales, que no han jugado sinó con los santos pintados, y que hasta la religión la han aprendido al lado de la madre, es como para hacer venir agua á la boca...

Pero en un baile de máscaras, hum! difícil. Ser inocente en este siglo xx, es tan difícil como ser muy linda.

Digo inocente del enorme, del estúpido, del odioso delito de la vanidad. ¿Dónde encontrar una muchacha realmente linda, simpática, graciosa y que no tenga la creencia arraigada de que por ser linda, es mejor que las otras? Sería necesario inventarla.

Y como es un animalito tan audaz, tan emprendedor, tan ardoroso por la victoria, no hay medio de conquistarlo sin engañarlo... Eso es, y á mí me repugna, por quijotismo, engañar á las mujeres. Prefiero odiarlas ó deslumbrarlas, que son los dos caminos del éxito con ellas. Al amor, por de contado, le temo. Pobre del que se entrega con armas y bagajes! Y luego las mujeres mismas se rien del amor; naturalmente, lo encuentran ridículo. Lo único que les parece bien es la comedia del amor, que es más conveniente, más discreta y más eficaz que el amor.

Oh Gallus! Aquel viejo que concentra los últimos sueños eróticos de Víctor Hugo, es una linda figura. Pero su Margarita es ideal; la única Margarita encantadora es la Margarita de Fausto; eso es divino, simplemente. ¿Pero dónde encontrar una igual? Hay que conformarse con el romance. El mismo poeta expresó sus dudas cuanto hizo decir á Mephistopheles,

Werd'ich zum augemblicke sagen:
Berweite doch, du bist so schön!

Seguramente, eso quiere decir que Fausto no creía que pudiese llegar el momento de decir á la vida: *Arrestati, sei bella!*

Pensaba entonces como todo el mundo piensa hoy. Muy difícil, excesivamente difícil! El hombre querría siempre apoyarse, y la mujer, con una ciencia superior del mundo, lo obliga á deslizarse. Es más inteligente que el hombre... sin duda alguna... Porque al fin, tener vanidad de ser linda ó de ser muy necesitada, es más excusable que tener vanidad de ser rico, de ser guapo, ó de ser muy talentoso. Las mujeres no hacen profesión de ser fuertes; de manera que ser vanidosas entra en su programa; pero el hombre! qué ridículo juguete!

La conozco á esta, es Merceditas, la mujer de Enrique, el tonto más sincero que hay en el mundo... Si supiera él qué pájaro es su mujer! Anda buscando un hombre discreto; la sociedad en que gira la ha hecho cauta, ya que no es casta, según el consejo de los padres jesuitas á sus discipulos de congregación. Si yo quisiera... pero qué imbécil soy! Critico á los otros y soy lo mismo que todos... á pesar de que me encuentro superior á muchos, porque conozco cuando quedo en ridículo conmigo mismo.

Veamos... no, sería estúpido. Es mujer peligrosa, bastante *engageante*, no llegaría á amarla, *vade retro!* pero es seguro que por amor propio, iría demasiado lejos... No soy amigo del pobre marido, ni me asustan las responsabilidades que la fortuna pone en mi camino, pero, seamos cuerdos; esta mujer sería muy cara... sí, sí, muy cara, aun del punto de vista financiero, y luego, por los compromisos que me podría traer. Lo mejor es darle sogá larga como á los pescados grandes. *Va te faire pendre ailleurs.....*

—En efecto, me estoy poniendo viejo, como dices. Pero los viejos sabemos más que los jóvenes.

—Psh! pero los jóvenes...

—Son jóvenes, convenido. El ideal sería saber y ser joven al mismo tiempo. Pero como no se puede, hay que elegir...

—Qué lástima! Pero sabes que tus declaraciones son comprometedoras?... ¿Te encuentras realmente en decadencia fulminante?

—Sí, pero sin poesía; les llevo esa ventaja á los decadentes, no me abandono á la derrota, al menos en verso...

—¡Qué nervioso estás! No tengas miedo, no

te la han de comer, aunque parece un caramelo... ja, ja, ja!

—También sabes eso? Guárdame el secreto, y te guardaré el tuyo! No nos convenimos como socios, pero nos convenimos como aliados.... Es entendido?

—*Va bene!* Adios!

Decididamente, este animalito es más fuerte que cualquier hombre. En el acto en que ví á Felisa, el corazón me traicionó... y por el temblor que me vino, descubrió todo... Qué agente de policía! Felisa tiene lindo talle, y qué mano! la mano es mi delicia, la mano es lo que me conquista... Pero me parece que habrá que luchar mucho... El abogadito es emprendedor, no pierde oportunidad, y en carnaval, bajo la máscara, los cercos se estrechan en un momento. *Nolli ire, fac venire*, dicen los jesuitas, mis maestros. No la miraré; y es seguro que vendrá á sacarme.

El amor tiene su estrategia y su táctica.. «No la sigas, y ella te seguirá», dicen los árabes. Al fin y al cabo, si no viene, poco se pierde... Linda, joven, bastante pura, un verdadero botoncito de rosa té, en la mañana de su vida, pero pronto será rosa, en cuanto luzca un poco

el sol. Baile de máscaras! *merci*; no traería Gallus á Margarita aquí, sinó antes de quererla. Al fin... Pero es estúpido esto... vamos, vamos... no seas ridículo, viejo león, que no te conozca el estado de tus baterías, porque te pierdes...

—No, ni triste ni alegre, me divierto sin sentirlo... Tú estabas bastante entretenida...

—Cómo? Ya celoso?

—¿Y tienes quince años recién? Pero entonces lo mejor es declararse vencido con ustedes... ¿Y para qué te serviría la pasión?

—Para divertirme... como á las otras.

Me parece bien... Excelente fiera! Recién abandona el colegio, y de una mirada atraviesa la coraza de un antiguo granadero como yo... Bello porvenir!

Decididamente, lo mejor es echarse el corazón al bolsillo y jugarlo á la Bolsa... Bajo la máscara me ha parecido una brillante sierpe, de lujosa piel, de movimientos elegantísimos... pero sierpe, al fin y al cabo.

ENTRE DOS CARETAS

.....
—Voy á proponerte un trato, algo de simple y de grandioso.. .

—Trato de tigre, supongo?

—No, trato de león. Escucha! Yo no soy un Mephistopheles vulgar, tengo el alma grande, soberbia y animosa. El amor no me satisface; si me pudiera amar á mí mismo, quizás reposaría. Los cuerpos no me dicen nada; quisiera abrazar un alma como la mía; pero somos águilas, y no nos dejamos poseer.... ¿Quieres burlarte de tu propio destino?

—Peligroso romanticismo!

--No tengas miedo de comprenderme.... Nuestro encuentro podría ser una aventura verdaderamente mefistofélica, es decir, llena de

amarga y cruel voluptuosidad. Tú no me conoces; yo tampoco. Mi trato consiste en que nos quitemos la careta del alma.

—Te engañaría... hay cosas que no podemos hacer....

—No, lo podrás conseguir, porque yo me encargo de ayudarte. Sé todo lo que necesito de ti, para adivinar el resto.... Tu marido es un espíritu vulgar; la virtud no te recompensa tus ambiciones secretas; estás desganada de la sociedad, de la toilette, y aún del amor, que dos ó tres audaces te han hecho vislumbrar....

—Pero si sigues así....

—Allons donc! ¿Imitarías á las mojigatas? Acuérdate que soy Mephistopheles, que es Carnaval, que te protege la careta y mi buen gusto....

—Estoy sintiendo la garra del león, pero reclamo respeto.

—La envolveré en seda y aceptarás una hipocresía más.... como quieras....

—De todos modos esto es como una novela?....

—Exactamente! Después de esta noche, no nos veremos nunca más; habremos tenido un

sueño culpable, del que no quedarán huellas ni en nuestra memoria....

—Sueño abstracto....

—Como de carnaval.. sueño febril, excéntrico, orgiaco, especie de paréntesis á la moral oficial. Luego lo borrarás de tu recuerdo y reasumirás tu virtud.

—Comprendo que no he debido aceptar tu trato.... Me siento oprimida por tu terrible escepticismo.... Quería divertirme y me has entristecido....

—Veamos.... Es tu amor propio el que sufre. Si hubieras podido engañarme, estarías satisfecha. Te he penetrado de una ojeada, porque no hay misterios para un espíritu que las mujeres no pueden conmover. Tu piel me ha revelado que trabajas con la aguja, á pesar de tu aparente riqueza. De aquí he partido para suponer que no eres feliz en tu hogar; la viveza de tus nervios, que saltan á cada sugestión profunda, me ha guiado en mis hipótesis; no duermes tranquila, pues tu salud no es completa; perteneces al número de las que no tienen asegurado el alimento de su vani-

dad, y el miedo de perder tu posición te asesina....

— ¡Qué galante!

— Deja que llegue á tu corazón, apartando las espinas que lo rodean.... No te irrites, porque sería una debilidad. Sufres los desdenes de la fortuna, como todos, y no te place recordarlo. Crefas encontrar en mí un Mephistopheles convencional, y el juego te ha apasionado, porque nos hemos entrado sin disimulos en el terreno de la verdad. Ya te he dicho que soy insensible al dolor, y que la única voluptuosidad que todavía me estimula, es la del *delito*.... Sí, no hay placer comparable al de burlarse del destino que los otros nos quieren imponer. El amor oficial, el amor contratado, calculado, medido, pesado; el amor que tú has cultivado, es una ridícula simpleza.

— Don Juan! Haces las del gato que aparenta indiferencia por el ratón, para cazarlo mejor. Y si las mujeres no te conmueven, á qué vienes al baile de máscaras? Eres un estragado, has perdido el paladar á fuerza de abusar, probablemente, pero conservas el apetito, y quisieras encontrar en *lo prohibido* la salsa que te falta....

—Como esgrima de salón, esa es la respuesta que correspondía en este caso, pero aquí estamos en el terreno; este es un duelo, no es un simulacro; ya verás que nos sacaremos sangre.... Vengo al baile para vengarme!

—De mí?

—No, de la vida, que no me entretiene!

—.... Así pues, ninguno de nosotros dos hemos sido felices, porque hemos sido ingénuos. Es preciso ser araña ó tigre, para gozar una buena parte de placer. La naturaleza misma nos enseña que la voluptuosidad surge del *delito*. Sustraernos á las cadenas con que nos esclavizan, robar, matar, intrigar, calumniar, engañar; todo eso tiene un sabor extraño, agudo, penetrante, que ningún placer legítimo, permitido, vulgar, nos puede impresionar.

Y estoy viejo, insensible, excéptico, ultra fastidiado. He andado mucho por el mundo, conozco todas las esgrimas, nada me sorprende, y si no estiro más la mano, es porque estoy cansado de tejer coronas para mi cabeza fatigada. Pero puedo morirme convencido de que he bebido de todas las copas que he deseado;

en ninguna ha estado el placer completo, la convulsión, el éxtasis, sino en la que todas las consideraciones me mandaban apartar de los labios....

Tú no conoces ni siquiera el amor. No te hablo de la venganza, del dinero, de la vanidad; estos placeres solo los conocen unos pocos elegidos, algun terrible Napoleón, algun Sardanápalo, algun favorito del genio ó de la fortuna. No.... ni siquiera el amor! ¿Tú crees que lo que te ha tocado en suerte es el *amor*? Eso es solamente su forma externa, la forma impuesta por la religión y por el Estado, que tienen interés en aumentar la población....

—Sí, sí, ya conozco ese golpe! El amor *tuyo*, el que solo tu conoces, es un incendio inextinguible, una embriaguez, una delicia imponderable, todos los cielos soñados por todas las poesías.... Estás todavía con el *Diccionario de la conversación*.... Pero eres un fatuo de talento, y puede ser que hagas fortuna en.... algun otro baile.

—Vanidad pura! Si yo no te pretendo, si te juro que no me interesas! Estás impaciente porque te haga mi declaración!.... ¡Qué poco prepara la esgrima de salón para la del terre-

no! Mira ¿ves como tus nervios te traicionan, mientras los míos parecen no existir? Si te he jurado que al salir de aquí te olvidaré absolutamente! Las mujeres, sobre todo las que se defienden mal, como tú, no me divierten....

—Curiosa la voluptuosidad del *delito*.... Tú debes ser un *mal inclinado*, algún Jack the Ripper....

—No, soy un gran voluptuoso, nada más. Me gusta deslizarme en un hogar severo, guardado, rencoroso, y seducir lentamente á la más inseducible de las mujeres. Me gusta enseñar la hipocresía, la paciencia, la astucia, *el placer del delito*, á las almas virtuosas, á las timoratas, á las aguas muertas en que viven dormidos todos los venenos del pantano y todas las elasticidades de la fiera.

La lámpara de mis amores tiene un globo rojo, siniestro, cárdeno, violáceo; me gusta morder los labios que tiemblan de vergüenza, de dolor, de la rabia de haber caído; mi alma solo se inerva ante unos ojos que lloran la pérdida irremediable de un minuto de insen-

satez. Vivo de emociones que queman, de abrazos cuyo recuerdo consume como la tisis, iluminando mientras se desciende al sepulcro; no me satisface la mujer más linda, sinó la que siente más dolores con su ilusión desvanecida. Acre, punzante, convulsivo, diabólico, es el *placer del delito*; pero una sola caricia, un solo minuto de complicidad, un sollozo de debilidad confesada, un segundo de triunfo sobre esa columna de martirios secretos, levantada por miles de años de fatiga humana, producen un delirio, un incendio, un vértigo tan indescriptible y soberano, que víbora ó león, araña ó tigre, genio ó canalla, el alma que lo conoce no lo olvida nunca, y lo busca, como yo, en el salón y en el campo, en la altura y en el llano, de día, de noche, durmiendo, soñando!... Es la eterna maldición del delito, que vuelve sobre sí misma, como una serpiente que se enrosca sobre un mismo eje invisible....

—Eres un Mephistopheles peligroso para una histérica!

CON CARETA...

ANTONIO

Non é la piaga che m'uccide, no,
Ma il delirio voluttuoso dello starti accanto.

CLTOPATRA, *Pietro Cossa.*

—¿Tiemblas?

—¡Si nos descubrieran!

—Sería una fatalidad; ¿pero quien podría imaginarse que nos hemos dado cita en un baile como este? ¿Quién podría pensar que bajo ese sencillo traje se oculta el cuerpo más bello del mundo, las gracias más encantadoras?...

—¡Oh! vanidoso!

—Tienes razón; alabando tu hermosura halago mi amor propio. La última noche... ¿te acuerdas? Mis labios quedaron doloridos de tanto besarte... Tienes el pié breve, ligero y

alabastrino de las ninfas de Siemirasky. Cada vez que te mueves, me parece que el mundo de Ovidio se despierta en mi memoria. Si cierro los ojos, te veo saltar como una náyade, de un lago mitológico, con sus largos y húmedos cabellos por todo traje, vibrante, casi luminosa..... Tus verdes ojos, surgiendo de entre tus pestañas negras, brillan como las estrellas en la madrugada...

—¡Qué poético estás! Bien se ve que aún en tu delirio sensual, conservas el egoísmo de tu arte. Si me amaras como yo sueño en ser amada, no hablarías...

—Tienes el alma soberbia, y por eso no créés que el amor sea elocuente; te imaginas que todos los espíritus son idénticos, y que la pasión debe anonadar la palabra... Pero te equivocas. A tu lado siento hervir los recuerdos y mi mente se enciende; cuando me tienes en tus brazos, estoy como en extá-sis. Si no hablara, padecería. Necesito echar á vuelo las campanas de mi fantasía, y gloriarme en los exquisitos dibujos que se ofrecen á mi vista, en las imponderables combinaciones musicales que cantan en mi oído....

—Ese es el amor de la cabeza, el amor de

arte; tu no quieres mi corazón, ni mi espíritu; si el vaso que contiene mi alma dejara de ser bello, ¿dónde volaría tu amor?...

—Visión misteriosa diríase que tienes.....
Cómo penetras en la verdad? No te conocía bajo esa faz... Esta noche has venido melancólica... oh divinos nervios, que así cambias la perspectiva!

—Rehuyes la contestación... eres muy discreto. Pero dime: ¿no has pensado alguna vez en que nuestro porvenir es muy oscuro, que la pasión nos pone imprudentes, y que el día menos pensado...

--Sigue?...

—Nos descubren y viene sobre mi la eterna maldición de la sociedad?

—¿Por qué ocuparnos de lo que no sucederá?

—Egoísta! Te he amado arrojando todos los peligros, sacrificando todos los intereses, faltando á mis deberes, exponiéndome á la hipocresía social, y aún á la justa cólera de un...

—De un marido que no te quiere.

—Pero que es mi marido...

—Huyamos de los lamentos y de los repro...

ches. Me has amado porque tal era tu destino; porque hay corrientes ó influencias misteriosas que aproximan los seres contra toda oposición que nazca de la sociedad ó de las leyes; somos como aristas ligeras que el viento desparrama ó junta, en volutas que nos parecen caprichosas. Gocemos, pues, *del momento que pasa*, como dice Fausto...

—Te han visto, imprudente!

—No, nadie me ha visto... mi beso ha sido tan alado, tan impalpable, tan exquisitamente delicado, que tú misma no te habrías apercibido de él, sinó hubiera sido por el temblor de mis palabras... Bah! nadie se ocupa de nosotros; el mundo es una comedia en que cada artista busca su felicidad como puede... Y en definitiva, no hay nada más sagrado que el amor...

—¡Ojalá fuera cierto!

—El amor es siempre una purificación, una resurrección, la entrada triunfal en un campo de esperanzas, de sueños, de temores, que nos hacen palpitar el corazón y nos subliman el espíritu... Vivir sin amor, es como vejetar.

No se comprende ni los poetas ni los héroes, sin ese gran incendio en el alma. Los sentidos se aguzan, el ritmo de la vida y del pensamiento se acelera, se desea la gloria, se bebe la ambrosía de lo desconocido en la copa rutilante del placer, y se muere contento ó desengañado!...

—Pero... y la conciencia?

—Un grande y sublime enfermo, hace algunos años, desilusionado de las promesas del mundo, de sus mirajes, de sus injusticias y estupideces, cavado su cerebro por el estudio, antes de abandonar la lucha con su destino, se preguntó también, como tú ¿y la conciencia? Su fiebre lúcida le respondió:

—*La conciencia es una enfermedad!*

—Con esa teoría por escudo, los bandidos, los asesinos...

—Comprendo. Pero nuestro siglo está enfermo de clarovidencia, y se mata á fuerza de investigar. Cuanto más adentro llevamos nuestra mirada, menos placer recojemos. Lo que nos hace mal es el pensamiento. ¿Qué necesidad tenemos de saber nada? Tomemos la vida como viene. Déjate de pensar, ni de cavilar, no te ocupes del mañana!

—La familia, la reputación, la otra vida...

—Comedia y misterio! Eres verdadera hija de este siglo especulativo. Si quieres gozar, no pienses. Acaso la muerte te avisa cuando llega? De pronto, mañana, hoy, en este momento, te puedes morir, y ¿de qué te ha servido calcular sobre el porvenir? Créeme, somos, para la naturaleza, como las hojas de los árboles ó como el color de las nubes, simples fenómenos que no alteran la infinita armonía del Universo...

—Tu excepticismo es peligroso, quieres embriagarme...

—¡Que sea yo para tí como los perfumes, como la música, como el vino, como el amor!Ven, bailemos, aceleremos el ritmo de la sangre, abandonémonos en los brazos del placer. *Post mortem nulla voluptas!* Ahoguemos en la gloria del movimiento las incertidumbres de la vida, los temores y las penas. Pensar es sufrir...

EL NÚMERO 13

«Fatalidad! Fatalidad! Tú me persigues con una insistencia verdaderamente diabólica».

Así hablaba, en una noche no lejana, después de contarme una historia extravagante, mi romántico tío, el barón Gottlieb von der Schuarzdichtungen.

Era invierno y estábamos á orillas del silencioso Rhin. El viejo castillo lanzaba de sus torreones rajados, mil gemidos extraños.... El viento modulaba voces misteriosas al pasar por sus hendiduras.

Chisporroteaba la leña en la chimenea, y sus «rojas lenguas de fuego» entrelazándose caprichosamente, formaban mil fantásticos paisajes.

Tenía yo mis ojos fijos en aquellas culebras brillantes que parecían dotadas de una vida singular. . . . Mi inteligencia se hallaba todavía preocupada por lo que acababa de oír, y á mi pesar sentía que un terror supersticioso rodeaba mis recuerdos, envolviéndolos como una nube —nube de un color—de un solo y *único* color.

Mil hechos pasados, agrupándose en mi imaginación, me recordaban las palabras de mi tío, vibrantes aún en mis oídos. Simples acontecimientos de la vida real, se coloreaban con una luz nueva, y parecían mostrármese como testigos en la narración del sombrío Gottlieb.

Cuando salí de mi abstracción, mi tío me estaba mirando y sus ojos revelaban la tranquila conciencia de su destino.

Era alemán y hasta en la desesperación se mostraba estoico. Tenía algo de la rigidez de un Faraón en el alma.

No hablamos ni una palabra. Las cortinas azules de seda acolchada, que velaban á medias las puertas y ventanas de la gran cámara, parecían oscilar rítmicamente—de una manera acompasada—como murmurando las sílabas de un verso.

Mi tío las recorrió con la vista gravemente,

y al fin quedó contemplando un instante, á la que ocultaba la alta puerta de bronce, por la que se salía al corredor.

—Hermann, me dijo, cuenta los pliegues perpendiculares de esa cortina.

—13, murmuré palideciendo.

—Por esa puerta nos entrará alguna desgracia, replicó él, siempre con gravedad.

Luego se levantó, me dió las buenas noches y me dejó solo.

Al día siguiente, por aquella *misma* puerta de que hablaba el viejo Gottlieb von der Schurzdichtungen, fué conducido, hasta el interior del castillo, el cadáver de su hijo único' Johan.

Mi tío fué á buscarme—estaba tranquilo—y antes de entrar á la cámara donde habían depositado el cuerpo, me apretó la mano, diciéndome:

--Estás cierto? Eran 13 las arrugas de la cortina?

—Sí, le dije.

Entonces, recién, supe aquella lugubre aventura. Johan se había suicidado.

Disgustado de la atmósfera de muerte que parecía pesar sobre el castillo, de los vaticinios supersticiosos de mi tío, que, á mi pesar, iban llenándome el alma de terrores absurdos, oprimido por una melancolía extravagante, dejé la Alemania y fuí á establecerme en París.

Una noche, en una tertulia de confianza, se habló, por no se qué incidente, de aquel fatal número 13, que me había hecho alejar del castillo.

—Conozco sobre esa supersticiosa cifra, dijo S***, una historieta singular.

—Cuéntela V., dijeron algunas voces.

Vivamente interesado me aproximé al futuro narrador, resuelto á no perder una sílaba de lo que iba á decir.

S***, habló así:

«Como todos saben, el horror al número 13 es muy común en París, donde personas conocidas y respetadas por su saber, tienen un miedo ingénuo á esa inocente circunstancia. Victor Hugo no se sienta jamás á una mesa donde

haya 13 personas, y Teófilo Gautier hace lo mismo por su parte.

«El hombre de quien quiero hablar á Vds. es un pobre ebanista, llamado Federico Manoir. Lo conocí hace como quince años, cuando él solo tenía veinte. Ya la preocupación del número 13 era muy fuerte en su espíritu; ligaba una desgracia próxima á la más simple aparición de la cifra; de manera que vivía en continuos sobresaltos.

«Había nacido un día 13. Su padre y un hermano murieron en día 13, con intervalo de un año. Entró al colegio en día 13 y fué atacado de una terrible enfermedad, á la semana siguiente; perdió en la calle, en día 13, una suma de dinero que no le pertenecía, y por cuya circunstancia fué encarcelado, sospechándosele de ladrón; se casó en día 13, y diez meses después, en día 13, sorprendió á su mujer en delito contra la honra.

«Como la amaba en extremo, fué preso de tan amargo desconsuelo, que al cabo degeneró en locura y fué preciso llevarlo á Charenton.....

—Y desde entonces no sabe Vd. de él? interrumpió uno de los oyentes.

—«Solo un detalle conozco, replicó S***, pero

estoy seguro que causará á Vds. asombro: el cuarto en que fué alojado en el manicomio, tenía el número 13».

Esta historia, narrada con el acento de la verdad y sin preocupación de ninguna especie, me recordó la que me había contado mi tío, el barón Gottlieb von der Schuarzdichtungen. No podía dudar de la veracidad de ninguna de las dos, y me esforzaba en vano por alejar de mi alma un terror extraño; pensaba en la *razón* que parecía presidir al encadenamiento de aquellos hechos, y la duda hacía vacilar por momentos mis convicciones.

Mi naturaleza nerviosa é impresionable, mi imaginación simpática á lo fantástico, y que á duras penas conseguía retener en el mundo real, era la fuente de crueles incertidumbres—vago proceso de la sombra y de lo desconocido.

Mi tío me había referido lo siguiente:

Lo mismo que al infeliz Federico Manoir, el número 13, lo había perseguido en todo, siendo su aparición un signo seguro de desgracia.

«Jamás, me había dicho, he tropezado con el número 13, sin que haya sido un anuncio de algo terrible para mí ó mi familia».

Una vez, estando de cacería en las tierras de un amigo, cuyo castillo quedaba á algunas leguas solamente del suyo, se apartó de los que le acompañaban, persiguiendo un ciervo que ellos no habían visto, porque saltó de repente en su camino.

Era un animal joven según se conocía por el poco desarrollo de su cornamenta. Volaba más bien que corría. El caballo de mi tío, hostigado por la espuela, hacía verdaderos prodigios, pero sin conseguir acercarse al ciervo lo suficiente para hacerle un disparo. De improviso lo vió saltar una estrecha hondonada, y sin reflexionar en el peligro, hizo lo mismo su caballo. Poco después, encontró otra y otra. . . . Había saltado ya siete, cuando notó que el ciervo tenía una manera de correr, extravagante, por decirlo así. No corría derecho, ni torcido, ni describiendo círculos, ni ángulos; parecía ir formando, en la tierra, surcos que tenían el aspecto *de treces gigantes*. . . . Inmediatamente—obedeciendo á la ley de la asociación—multitud de recuerdos apa-

recieron en su cerebro, como evocados por un conjuro. En todos ellos jugaba un rol importante el número 13. Pretendió desechar como imaginarios sus terrores, y otra hondonada, le recordó que eran ya ocho las que había salvado con grave peligro de su vida. No quiso volver atrás y prosiguió la carrera Nueve, diez, once hondonadas.

—Estoy seguro, se dijo, palideciendo, que cuando llegue á la 13, me vá á suceder algo terrible.

Efectivamente. Pasaron las 12 y cuando la 13 se presentó ante sus ojos, sea que la emoción le hiciera temblar y mantenerse mal en la silla, sea que el caballo se asustara—ó sea, en fin, la fatalidad que temía—cayó y se fracturo un brazo.

Otra vez fué en el juego. Estaba en Baden—Baden, alrededor de una mesa resplandeciente de monedas. La ruleta hacia la desesperación de los unos, y la delicia de los otros.

Gottlieb había estado feliz aquella noche, y todos los jugadores le miraban con envidia.

Habiendo ganado ya una suma más que regular, tuvo deseos—sin saber porqué—de con-

tar las monedas que poseía. Aprovechó para ello dos vueltas en que no apostó. Fué haciendo pequeños montones de á diez, que guardaba en su bolsillo, y estando en esta operación, le sucedió encontrar en la mano derecha —que era con la que introducía las monedas contadas—siempre un mismo residuo: *tres*. Diez y tres, *trece*, se dijo á sí mismo. Y este pensamiento trivial bastó para llevar á su imaginación todos los terrores que abrigaba en el alma. Apareció la fatal cifra, el diabólico número 13 con su cortejo de sombríos anuucios. Abandonó precipitadamente la cuenta que se había propuesto hacer, y deseando aturdirse, mirar, se puso á jugar con ardor.

Arrojó un puñado de monedas, al número que tenía más próximo, y perdió. El banquero al recogerlas, las contó. Eran 26.

—Dos veces 13, murmuró mi tío. No hay duda; alguna desgracia me va á sobrevenir.

Siguió jugando y perdió no solamente lo que había ganado, sinó lo que tenía en sus bolsillos cuando comenzó la ruleta.

—Mientras no sea más que dinero, vamos bien, se dijo.

Cuando llegó al hotel en que se alojaba, en-

contró una lacónica carta de su querida, á quien amaba perdidamente.

«Me voy, le decía, siguiendo á un teniente de la Guardia. No me busques, los amores no pueden ser eternos.

Olga.»

—Era seguro! exclamó Gottlieb.

Aquel pesar le duró seis meses.

En fin, no había en su vida ningún hecho desgraciado que no hubiera sido precedido por la aparición del número 13; y como se vé, este número fatal había tomado para él formas múltiples de manifestación.

Considerando aquellos hechos del punto de vista psicológico—el más razonable, á mi parecer—les encontraba una explicación plausible, que derribaba naturalmente todos los absurdos terrores que querían tomar sitio en mi imaginación.

Una idea cualquiera que se posesiona del cerebro obstinadamente, dispone á ver todo, siempre bajo una misma luz—y cuando estu-

·dios sérios no han dado al alma fuertes convicciones, se concluye por sucumbir á la idea dominante, á quien ayudan pequeñas fatalidades inexplicables La imaginación sobreexcitada hasta el extremo, encuentra relaciones y logismos misteriosos, entre hechos inocentes y los liga al pensamiento que la domina.

Pero la presencia del número 13, en las desgracias de Federico Manoir y de mi tío Gottlieb, tenía un lenguaje extraño para mí—un lenguaje de superstición y de misterio.

Ya había logrado establecer la calma necesaria en mi inteligencia, para juzgar con frialdad aquellos hechos que tanto hablaban á mi fantasía, cuando tuve que partir precipitadamente para Alemania.

·Mi tío se moría.

Antes de abandonar este mundo, me dijo:
—Soy muy viejo, y llevo á la tumba la convicción de que he sido una víctima *preferida* por el fatal número 13. Hace diez días que caí á la cama, y me mata la misma enfermedad que mató á mi esposa: la fiebre tifoidea,

una enfermedad que mata en catorce días, pero á mi me matará en *trece*.

Y así fué.

Gottlieb von der Schuarzdichtungen falleció á los *trece* días justos del primer ataque de fiebre.

ALMAS INVISIBLES

Hacía mucho tiempo que visitaba al judío en su joyería de la calle Florida, y cada vez crecía más mi curiosidad. Era un hombre joven aun, lleno de vida, de ojos magníficos, aterciopelados, sedosos. Parecían diamantes dormidos. A veces, solamente, se despertaban y brillaban de un modo fulgurante, insostenible. Era cuando vendía ciertas piedras, las que estaban encerradas en la cajita de raso color fuego.

Yo lo había sorprendido tres veces, nada más, en aquella actitud extraña. Fuera de ellas, su tranquilidad había sido perfecta. Los dedos de nácar de ciertas jóvenes que acostumbraban á mariposear en la joyería y que se le acercaban inocentemente, entusiasmadas

por las perlas ó los diamantes que él les mostraba, no alteraban absolutamente su sistema nervioso. Y sin embargo, aquellos dedos casi lúcidos, rematados por uñas sonrosadas, con yemitas suavísimas, eran tan lindos! . . .

Cuando él alcanzaba las joyas para exponerlas bien á las miradas de aquellas preciosas muchachas, esos dedos, temblorosos de emoción, como bocas ardientes, se apoyaban en su carne de judío, en su carne hecha de ánsias comprimidas y deseos nunca satisfechos; y no producían ningún choque!

No eran las mujeres, no era ni siquiera la posesión del dinero, arrancado dulcemente á su clientela, con el arte de un florentino de la casa de Médicis, lo que podía electrizar su corazón. Yo estaba convencido de eso, y espiaba, perseguía el misterio de su vida.

El judío trabajaba con la persistencia y el talento naturales en su raza. Era mientras trabajaba, que conversábamos. Tenía un modo singular de conversar. Se limitaba generalmente á escucharme, respondiendo á mis observaciones con sonrisas, gestos, ó breves fra-

ses que pintaban extensamente su pensamiento. Nada lo interesaba; por lo menos, nada lo apasionaba. Cortés, flexible, agudo, ofrecía á la sociedad el aspecto de un resorte de acero; su suavidad era la elegancia de su firmeza.

¿Ama este hombre? me preguntaba yo, ¿Pero cómo, á quien? Vivía solo. Una vieja sirviente era toda su compañía. De su país no se ocupaba: la Moldavia, como recuerdo, no alteraba un músculo de su fisonomía. No tenía familia; jamás recibía cartas que no fueran de comerciantes. ¡Qué fina, exquisita, artística letra era la suya! Su mano trazaba rasgos de una elegancia á la Falero; burilaba pequeñísimas figuras que parecían vibrar como creaciones de un mundo miniaturista.

Sus manos cuidadas, largas, ligeras como un abanico Luis XV, indicaban un culto, una coquetería, un *amor*. Pero ¿cuál era su objeto? ¿Donde estaba el altar?

El recuerdo de las circunstancias en que sus ojos habían como despertado de su sueño de terciopelo, aumentaba mi perplejidad. El

judío—habríase dicho—gozaba en pintar las dificultades que existían para adquirir las piedras de la cajita de raso color fuego.

Cuando alguien pedía diamantes, insinuando que deseaba bellas piedras, el judío se inclinaba con finísima ironía; parecía un florete sobre cuya hoja pasara una onda, apenas perceptible, de amor propio satisfecho. Abría cuidadosamente la caja y extendía con sus pinzas sobre una tableta de ébano, cortada en ranuras, dos, tres, cuatro, espléndidos trozos de ese carbon cristalizado que enloquece á las mujeres.

Entonces principiaba el drama. Deslumbrado, el cliente murmuraba preguntas tímidas. El judío acariciaba mientras tanto, casi con delicia, su larga y sedosa barba negra, hundiendo su mirada, que había adquirido reflejos acerados, en el rostro emocionado de su víctima.

—Son caros,—decía lentamente—muy caros. Es lo que se llama *primer agua*. Ni un defecto! Aquí tiene Vd. la lente; sin defectos!

Su alteración crecía á medida que el comprador insistía.

—Este, el más pequeño, vale 2.500 francos.

Generalmente, su interlocutor fruncía el ceño, y retrocedía, murmurando:

—2.500 francos!

La inmóvil fisonomía del judío, parecía resplandecer, como si su corazón se bañara en júbilo. Pero cuando un tono decidido, respondía «está bien, engárcelo Vd. pronto, aquí tiene Vd. el dinero», su contrariedad era visible. Extraño vendedor de piedras preciosas! Sus ojos revelaban una lucha desesperada; la agonía de un alma que pierde sus más caras ilusiones!

Y fué después de una de esas escenas que me atreví á interrogarlo. Éramos amigos hacía tanto tiempo! Nuestra conversación de esa noche, me revelaba un alma ardiente, un soñador, un poeta! ¿Porqué ocultarme su *amor*, la original idolatría que consumía su vida?

Su rostro se oscureció. . . . Estuvo largo rato reflexionando, sin mirarme; por fin levantó los ojos, los dormidos diamantes que solo se animaban á la vista de las más bellas piedras. Sonrió y dijo:

—Vd. es un artista, como yo. A Vd. lo conmueven los colores, á mi me conmueve la luz. Vd. es pintor, yo soy joyero. El vulgo no imagina que haya el amor de los diamantes, como hay el amor de las mujeres.

Había cerrado la puerta, y casi sin que yo lo notara, me había hecho pasar á un pequeño gabinete contiguo, simplemente amueblado. ¡Pero qué luz, qué poderosa lámpara sobre una mesa de *palissandre*, sobre la cual centelleaban, engarzadas en las ranuras de la tableta de ébano, los brillantes de la cajita de raso!

El judío á la vista de aquel tesoro de centellas se había transfigurado. Sus ojos lucían á la par de los diamantes. Ondulaciones nerviosas recorrían su cuerpo; parecía una cuerda agitada por un poderoso sonido musical.

Qué chispas! La luz se irsiaba, se descomponía en haces de rubíes, de amatistas, de esmeraldas, se derramaba en cascadas, iba, venía, vibraba como un alma vírgen, como miles de séres alados que entonasen un himno á la belleza del color!

La pupila ardiente del judío absorbía con delicia aquellas palpitaciones del mundo extraño á que había consagrado su existencia...

--Este es el altar donde yo me quemo, dijo. Las piedras son almas invisibles. Lucen porque viven. Centellean para responder á los besos de la luz. Tienen amores con el color; sus caricias las hacen vibrar, como á las mujeres, de las que tienen la belleza sin la infidelidad. Su frialdad vive eternamente, como su fuego. Son duras pero sensibles. Un rayo de luz las conmueve. Yo las amo, las amo más que á las otras almas!...

ARISTAS

En la lujosa planicie de esmeralda, cortada acá y allá por las casuchas de los labradores, por los grupos ó líneas de árboles, por los bueyes uncidos al yugo, por todo ese panorama de gallarda verdura y de tierra removida que se ofrece á la vista en la primavera, no había un punto que no inspirara silencio y cansancio. El sol del medio día entorpecía, paralizaba. La atmósfera era deslumbrante. Los párpados se hacían cartucho para proteger las retinas. La brisa era apenas perceptible; los pájaros estaban ocultos en las ramas. Los tábanos eran los únicos seres que se movían en medio de aquella lasitud general; giraban y volaban de un punto á otro, zumbando alegremente.

Pero el espíritu de Próspero velaba. En vano su cuerpo fatigado yacía tendido bajo un árbol, allá, lejos de los paisanos, en pleno campo, donde el silencio y la soledad convidaban á sacarse la careta con que se entra á la farsa del mundo. El sombrero sobre la cara á fin de no sentir en las pupilas el poderoso reflejo del sol, los ojos cerrados, los miembros abandonados; todo hubiera hecho pensar que dormía.

Y había, sin embargo, en su reposo, la somnolencia lúcida del que, á pesar del cansancio, no puede dormir. La lámpara del pensamiento no quería apagarse; en aquella ausencia de todo estímulo, estaba alumbrando un alma vacía de sensaciones, pero repleta de recuerdos. Curioseaba el deseo entre las figuras que la memoria exaltaba, y las vagas formas en que se ofrecían los presagios del porvenir. Oh! el pasado había sido bien dulce!.. y sin embargo ¡cuánto habría dado Próspero por no tener; en aquel momento, la siniestra facultad de revivir lo que había muerto!

Uno de los bueyes, desuncido por estar cansado, salió lentamente del rastrojo y se encaminó á la planicie de la yerba color esmeralda. Era un gran cornúpeto, manso, de ojos melancólicos y pensativos. Próspero lo contemplaba por debajo del sombrero. Estuvo ramoneando, y luego, tranquilo, satisfecho, se echó y comenzó el monótono rumiar de su comida.

Próspero siguió el declive de sus pensamientos grises en aquel día tan brillante. ¿Es un bien la inteligencia? se preguntaba. ¿Sirve para la felicidad el tener corazón, alma, grandes sentimientos que nos exaltan? Si el hombre tuviera una cerebración tan simple como la bestia, no habría guerras, ni traiciones, ni amores desgraciados, ni torturas morales. No habría poemas, ni entusiasmos, ni gloria, ni los vibrantes sueños que agitan el corazón y trastornan la mente. No habría *belleza!* Irisadas burbujas de jabón, naceríamos y moriríamos como el juguete de un niño caprichoso, sin sufrir y sin hacer sufrir!....



A su alrededor, todo se había animado. Los hombres y los animales habían proseguido sus tareas. Próspero sintió que aquella era la mejor respuesta á su desaliento. Delante de sí tenía la profunda y misteriosa lección del trabajo, del santo trabajo que ahoga los pensamientos tristes.

Próspero estaba sombrío. En sus ojos ardía un fuego lejano. Se hubiera dicho que un recuerdo amargo lo atenaceaba. Había un drama en su corazón.

— Me parece—dijo— que será necesario inaugurar alguna vez la crítica absolutamente anónima. Hasta ahora, los escritores han contado demasiado con la atmósfera. Lo que se llama *moralidad* les ha impuesto una verdadera tiranía. De ahí los convencionalismos ridículos, ó cuando menos, fastidiosos.

Nunca han presentado en la escena tipos realmente humanos. Tropezamos á cada paso, en la vida, con hombres que tienen la inge-

nuidad de pensar que no disminuiría en manera alguna su felicidad, si pudieran apoderarse de la fortuna de sus parientes ó de sus amigos, ó de todas las mujeres lindas que han visto ó que han conocido, aun cuando ellas pertenezcan á personas que les merecen toda clase de consideraciones. Y, sin embargo, estos tipos no aparecen nunca, ni en las novelas ni en los dramas....

El hombre es naturalmente astuto. La sociedad le ha puesto una máscara que no oculta, pero que disfraza sus verdaderos sentimientos. Cuando alguno es sincero hasta el punto de manifestar con franqueza lo que desea, siquiera sea con sus miradas, la sociedad lo destierra; él puede pensar lo que quiera, pero no debe aparentar sinó lo que conviene.

Delante de una bella mujer, por ejemplo, puede sentirse abrasado de deseos, pero no debe hacerlos comprender sinó de ella sola. Si esto trascendiera á alguna otra persona, habría indiscreción. El hombre de mundo puede cometer los hechos que la moralidad considera delitos; pero ha de conducirse diploma-

ticamente. Los novelistas y dramaturgos obedecen inconscientemente á esta necesidad; sus personajes jamás codician lo prohibido sinó en pequeña dósis. Si se enamoran es de una sola mujer; si traicionan, es por un solo motivo. Jamás nos hablan de los que gustan de todas las cosas prohibidas al mismo tiempo, como hace el hombre de la naturaleza y de la realidad.

No está escrita la historia del espíritu humano; queda mucho por decir todavía. El absoluto anónimo puede ser de mucha utilidad en esta tarea de desenmascararnos los unos á los otros. Y será curioso entonces ver que las facetas que la sociedad mantiene ocultas, son las más bellas. Después de los poemas del corazón, que han ocupado hasta ahora el mundo literario, vendrán los poemas de la inteligencia.

Los escritores cantarían las maravillas de la astucia, y demostrarían que el éxito en la carrera de los placeres está en razón directa de la frialdad con que se les persigue; y que, en

las almas triunfadoras, el cálculo suple á la ciega fortuna.

En política, como en amor, en la guerra, como en el comercio, son los más desprovistos de respeto por lo que se llama moralidad, los que vencen, y no los puros, sinceros é ingénuos, que nos presenta el drama y la novela.

Para conquistar una mujer, es necesario no amarla; para triunfar en política, es preciso considerar los hombres como son, y no como pretenden ser.

En la guerra, matarlos; en el comercio, robarlos.

El corazón es una carga inútil ó peligrosa.

Como víscera, está todavía en el cuerpo humano; como órgano del sentimiento, su época ha pasado. Reir ó suicidarse, tal es el dilema de la vida.

Todos callaron. Nadie quiso afrontar la cólera augusta del león, que se vengaba de su impotencia, desgarrando su propia carne.

Tener el alma antigua para sentir, y el cerebro moderno para expresar! Y luego, no

vivir en una república, que es bulliciosa por índole y variable por naturaleza, sinó en un dilatado imperio, cuya atmósfera estuviera llena de bravías hazañas de guerreros, de tradiciones henchidas de prodigios, de narraciones en que la fábula se mezclara á la realidad, y la poesía á la belleza soberbia de la fuerza. Mujeres que supieran ser Bacantes; caballos que se irguieran á la menor vibración del aire y fueran como las yeguas de Ossian, espuma, crines y fuego; selvas en que la fauna maravillosa de la India hallara fácil guarida, y en que al lado del peligro pudiese ser admirada la majestad de lo desconocido; por ley el deseo, por gobierno las armas; la palabra de amor y la amenaza de la muerte, confundidas; los Dioses dirigiendo todo según su capricho; los Faunos robando ninfas de los arroyos; saber mucho y sospechar el resto; aparecer y morir; estallar con colores fúlgidos, como las flores del trópico, encender el aire de perfumes, absorber un poco de rocío y hundirse para siempre en la nada!

Valdría la pena de vivir, así! Beber la vida á bocanadas; aspirar voluptuosidad á grandes dosis; ponerse en contacto con la fuente de todos los misterios que hoy nos desesperan, hallar la poesía al nacer, la luz en los rayos del sol, en los ojos de la pantera y en la mujer enamorada; hacer de cada minuto un siglo de placer, de cada palabra una frase musical, de cada venganza un himno, de cada dolor un suplicio, de cada alegría un estallido que consumiera como fuego!

El invierno, que es el simulacro de la muerte, no existe en mi cuadro. Sus figuras se mueven en las siestas abrumadoras, bajo los bosques en que charlan las aves, en medio de las lianas lujosas, enroscadas como víboras sobre un eje invisible; las arañas multicolores se columpian en sus tejidos maravillosos; los insectos dormitan murmurando extrañas canciones. Las aguas de las fuentes se deslizan con tímido rumor; es la hora solemne en que

las diosas mismas están de viaje por el país ignoto de los sueños. La imaginación árabe ha sacudido el sopor de la selva brahmánica; sobre los bellos y lánguidos cuerpos de las mujeres del Himalaya, caen en caprichoso orden, las perlas, el coral, los diamantes, las telas de Smirna y de Bagdad; el alóe humea en incensarios que oscilan lentamente, y los abanicos de plumas tropicales, van y vienen, van y vienen como las olas del río.... Y un lenguaje preciso, ardoroso, coloreado, sirve de vehículo á la pasión y de excitante al deseo. Formas transparentes, como de Bouguereau, reviven al eterno Ovidio; el pensamiento se metamorfosea, el alma vibra, la vida pasa rápida, pero ardiente...

Héme aquí abandonado á la corriente
Sobre mansas aguas se desliza la barca que me lleva al país maravilloso de los sueños. Cierro los ojos; dulce languidez se apodera de mis miembros. Estoy solo; y sin embargo, cuánto amor hay en la naturaleza que me rodea! El aire parece una caricia de tul; las ondas se balancean en ritmo suave, despidiendo va-

gos perfumes marinos que provocan en mi espíritu recuerdos de esperanzas realizadas, de ideales satisfechos. Me parece oír canciones lejanas de bellas mujeres que coronan de pasión mis sentimientos; sus voces armoniosas se unen para morir dulcemente en un adiós que remata en un beso. . . .

¿Viaja el alma cuando piensa? ¿Vuela como las aves del cielo á regiones de las que trae colores, figuras, líneas, siluetas, temblorosas imágenes inasibles, sensaciones apenas esbozadas, misterios y luces? Cuando sigo sin resistencia el hilo secreto del pensamiento, ¿por qué veo lo que no comprendo, por qué palpito de deseos que no puedo explicar, por qué me siento vibrar como una cuerda musical con ansias que me encienden, pero que me deleitan? ¿Qué hay *más allá*, en aquellas lejanas cumbres cuyo esplendor me atrae? ¿Qué figuras son las que embelesan mi alma, qué lenguaje inefable y divino penetra en mi sér como una onda perfumada, y abre mis ojos á hori-

zontes no soñados, y agita mi corazón y me pone versos en los labios?

Oh, hombre! misterio que desesperas á la ciencia, infinitésimo detalle en el Universo, y sin embargo irreductible maravilla; molécula y cáos, átomo y espíritu, material palpable y blonda invisible, sombra, luz, pasión y poesía! El mundo te deslumbra; el poder te enloquece; y por él manchas tus manos de sangre, vendes tu carne, prostituyes tu corazón, degradas tu alma. . . . Despierta, despierta! Cierra los ojos, entra en tí mismo, escucha la voz melancólica que sólo se oye en el profundo silencio de la naturaleza, y gloria tu vista ansiosa en el banquete de la luz interna. Te sientes morir, y la felicidad está en tus brazos. Maldices la hora de tu nacimiento, y te agobia el peso de la existencia; llama á la puerta del palacio de las visiones, pasa ufano el umbral, recorre sus soberbias galerías, recreáte en sus paisajes risueños; estremécete de amor en el seno de sus mujeres; bebe, canta, rie, goza de todas

las voluptuosidades que invente tu propia fantasía. Te crees pobre, y todas las pedrerías del Oriente, sus fábulas, sus sueños, no alcanzan á los tesoros que llevas ocultos en tí mismo!

LA VENA POÉTICA

He hecho varios ensayos en el arte de rimar las palabras. Pero no me han satisfecho, y los he abandonado. En francés, he conseguido hacer algunos versos pasables, pero sobre temas de pequeña altura, etc. En español he hecho canciones amorosas, pero tan ardientes, que no he querido patrocinarlas por razones políticas, y he tenido muchas veces el placer de oírlas cantar en la guitarra, sin que nadie sospechara que eran mías.

Cuando me siento solicitado por la vena poética, me entrego á ella con efusión completa, pero en prosa, lo que me desahoga, porque, en general, no tengo que sacrificar á ninguna exigencia de métrica estrecha.

Hace muchos años—lo digo casi suspirando, porque, en realidad, hace *muchos* años—me sentí invadido por una dulce emoción, placentera y brillante, que exigió la traducción en palabras.

Lo recuerdo bien. . . Estaba en la oficina de que era empleado; no tenía mucho que hacer, pero las conversaciones, el público que pedía informes y los asuntos mismos de mi competencia, que tenía ante los ojos, debían ser obstáculo para que pudiera hacer allí mismo una composición poética.

Sin embargo, preparé una larga y estrecha hoja de papel fino, coloqué pluma nueva, y con la escritura nítida y esbelta que se me conoce, puse un título, debajo, á un costado, una cita en alemán, *Die Liebe ist das Leben*, firmé la cita con un nombre para mí desconocido, y principié la *Balada* que se leerá enseguida, sin una vacilación, sin detenerme, como quien copia un modelo. Los que han leído la «Leyenda» de *Medallas*, saben lo que pienso á este respecto.

Ocho días después de tenerla en mi bolsillo, oculta á todas las miradas, me resolví á comunicarla, pero con tanta y tan bien simulada indiferencia, que nadie sospechó la verdad. Estaba recién balbuceando el alemán, y la *Balada* pasaba como un ejercicio de traducción. El éxito que alcanzó aquella breve composición, fué maravilloso.

Entre otras manifestaciones, contaré esta anécdota:

Luis Goyena era cronista de no sé qué diario. Cada vez que nos encontrábamos, teníamos ardientes discusiones. Padecía yo, en aquel tiempo, de liberalismo agudo; no había exageración que no exagerara aún; y Luis era tan fraile entonces como es ahora. Me tenía horror, y con razón. Los muchachos amigos nos estimulaban á la pelea. Luis, siempre, prudente y cortés, mantenía la discusión en terreno entretenido; pero cuando le hube presentado la poesía de *Ludwig Klein*—este era mi pseudónimo—estalló en reproches y comparaciones aplastadoras para mi materialismo.

—Si tuvieras un milésimo de esta diafanidad, de esta pureza, de este sentimiento exquisito, de esta divina esencia de poesía... si fueras capaz siquiera de concebir estas bellezas, te perdonaría!...

Y se encantaba una y otra vez, leyendo y glosando á Ludwig Klein. Yo hacía mi papel bastante bien, simulaba envidiar algo al poeta alemán, pero me manifestaba alejado del culto de cosas tan sublimes.

Pasada la composición de mano en mano,

aplaudida, admirada, presentada como un modelo, nadie reclamó el original, porque ninguno se había atrevido á estudiar aquella lengua tan abstrusa.

Uno de los Gutierrez, Eduardo, creo, me sacó por fin, una copia y la publicó. A la vuelta de un mes Ludwig Klein era uno de los más famosos poetas alemanes. No había diario ni Revista que no reprodujera su *Balada*; en el Uruguay, Chile, Bolivia, Paraguay, Colombia, lo habían acogido espontáneamente; y reuní en breve un montón de recortes de todas partes. A poco, los mejores versificadores de la América Española se esforzaban por vertir en diversos metros la ya célebre composición. Llegaron á diez y seis, me parece, los ensayos, algunos de ellos, admirables; pero ninguno me gustaba más que mi sencilla y expresiva prosa.

Poco después, en mi casa, á altas horas de la noche, me salía otra composición: *Adda*. Y á los dos ó tres meses, *El Combate de la Vida*; más tarde, *El Cadalso*, y *La Copa y los Labios*. Ludwig Klein era un poeta adorado de los jóvenes, admirado y aplaudido de todos. Yo temblaba de pensar que podían descubrir mi engaño, y cuidaba de entregar las poesías á

la publicidad sin mencionar absolutamente el nombre del traductor.

Una vez, en *El Nacional*, llegué á tiempo de rogar á Francisco Uzal, que tenía la sección *Sueltos*—muy acreditada, entónces—que suprimiera uno en que me daba un rumboso planchado, como *traductor* de Klein. Me costó trabajo y hasta se fastidió un poco Uzal, porque no podía comprender mis motivos. Muchos años después se los revelé.

Alberto Navarro Viola hizo un estudio de aquellas composiciones, y me lo entregó. Había buscado antecedentes, y no los había encontrado, lo que picaba su curiosidad. Yo no podía vacilar, no tenía el derecho de engañarlo; pero no me atrevía á deshacer el encanto.

Luis Goyena había escrito otro estudio, y siempre me amenazaba con él, estando cercano el día en que lo publicaría. Tenía más confianza con él, y además, como siempre nos asaltábamos, la cosa me parecía picante; y lo iba á dejar hacer.

Un amigo, de mi barrio, estaba etiqueteado conmigo; no nos saludábamos. Un día oigo golpear la puerta, salgo... era mi amigo.

Gran sorpresa de mi parte, no sabía qué hacer.

—Mira—me dijo— mostrándome un libro de misa, chiquito, entre cuyas páginas estaba una copia impresa de la *Balada*—tú eres el autor de esta preciosura!

Palidecí, no pude articular una palabra . . .

—Y bien! tú sabes que mi novia lleva este libro á la Iglesia y que es á través de tu *Balada* que nos queremos cada vez más? ¿Cómo quieres que esté mal contigo? Dáme un abrazo!

La emoción me traicionó. ¿De qué manera había sido penetrado mi secreto? No sé. Yo lo hubiera guardado 20 ó 30 años, esa era mi intención. Pero un día, en la Oficina, un espíritu muy perspicaz, —Eduardo Saenz— sorprendió una involuntaria llamarada de placer en mis ojos, mientras todos elogiaban una de las nuevas poesías; fué una debilidad fatal!

Y luego, tuve que hacer una visita á Alberto Navarro Viola, para devolverle su estudio, y confesarle que no lo podía engañar.

Así pasó Ludwig Klein. Espíritu alado, dios desconocido de una cumbre misteriosa, en cuanto pisó la tierra, se desvaneció. Nunca más sentí su aliento cariñoso bajo la pluma. Ahí vá el rumor de sus alas . . .

EL ALMA QUE SUFRE

BALADA ALEMANA

Die Liebe ist das Leben.

WEBER.

Peregrino, tú que has puesto tu humilde planta en las regiones más apartadas del globo; tú que eres anciano y eres sábio; tú que conoces tantos secretos de la Naturaleza, y que posées tanta droga maravillosa de la Persia y de la India, dí, peregrino, ¿tienes algún remedio para el alma que sufre?

Caminante: mi Ciencia sólo sirve para el Cuerpo; no tengo remedio para los males del Alma!

Anacoreta, solitario Anacoreta; tú que vi-
ves en el bosque silencioso y conoces los mis-
terios de los Druidas, y las grutas de los
Gnomos, y sus secretos para devolver la paz
á los espíritus dolientes; tú que lees el por-
venir en las caprichosas ondulaciones de las
aguas, y en el canto de los pájaros, y en el
murmullo de las hojas; dí, Anacoreta ¿tienes
algún consuelo que ofrecer al alma que sufre?

Caminante: Solo en el silencio de la tumba
se olvidan las tempestades del Mundo!

Anacoreta, cruel Anacoreta, que así derri-
bas mi última Esperanza! ¿tienes algún ve-
neno que ofrecer al alma que sufre?

Caminante, pálido y desgraciado Caminante,
no busques más Veneno que el que llevas en
tu corazón!

LA COPA Y LOS LABIOS

No llores madre mía! decía un joven á una anciana, acariciándole el blanco cabello con tierno respeto. No llores! ¿Acaso todos los que van á la guerra se quedan en el campo de batalla? No llores madre mía!

—Y tú, bella Olga, no empañes con lágrimas el cielo de tus ojos azules; no aflijas mi alma con tus sollozos! ¿Acaso todos los que van á la guerra se quedan en el campo de batalla?

Los corazones que se aman como los nuestros deben cesar de latir, uno al lado del otro. No llores bella Olga!

Y partió el soldado. Y pasaron los años y

Los años, y nadie más lo vió sobre la tierra
desgraciada. Su esqueleto blanqueó en el campo
de batalla!

¿Lo ves amada mía? Hay un abismo entre
la copa y los labios!

ADDA

(DEL ALEMÁN)

Ríe, y las notas de su risa son alegres y sonoras, como si un collar de perlas se desatara y cayera en el fondo de una copa de cristal pulido.

Habla, y sus palabras acarician el oído como las sílabas de un verso; parece que el rubí de sus labios vibrara y devolviera el eco de una música lejana, llena de cadencia y de misterio. Su voz despierta los más felices recuerdos de la vida, y el pensamiento brota del incensario de su alma, y se eleva como un perfume hasta el alma que la escucha.

Mira, y la casta claridad de sus ojos derrama la paz en su alrededor; callan las pasiones miserables, y cuando se busca palabras para adorarla, solo se encuentran latidos del corazón!

EL CADALSO

EL VERDUGO

Señor, me perdonáis? Soy el ejecutor de la ley, soy el brazo que obedece...

LA VÍCTIMA

Verdugo... estás perdonado. Hiere!

EL VERDUGO

Aún nó... aguardad; es necesario cortaros los cabellos.

LA VÍCTIMA (*para sí*)

Ah! en otro tiempo una mano adorada tejía con placer estos rizos que hoy corta la

mano del Verdugo... Triste contraste de la suerte humana! Lo que sirvió, ayer no más, para hacer una guirnalda á mi cabeza pensadora, estorba hoy al hacha de un miserable!

EL VERDUGO

Señor... cuando querráis...

LA VÍCTIMA

Ah! espera...espera un momento. Estoy encomendando mi alma... (*para sí*) á la mujer que en este mundo maldecido, fué el único consuelo de mi doliente corazón... Ah! madre querida!... Tú, que hace poco, besabas, ahogada por los sollozos, esta frente donde se ha encerrado tanta idea generosa, tú que quedas en la tierra, huérfana de todo afecto, sin más Esperanza que la Muerte, sin más martirio que la Vida!... Pobre madre mía!

El mundo, que me dió todo, todo me lo ha quitado; de lo que mi corazón amaba, sólo has quedado tú, encina que el viento de la desgracia no ha podido abatir! Un tirano me trae á morir en el cadalso, y el pueblo por

quien me sacrificué, viene á gozar de mi agonia... Sólo tú, y aquella otra alma que yá no tiene nombre sobre la tierra, han pagado mi cariño con cariño... Los malos tienen á veces el mismo premio que los buenos. Cuando el sol luce, alumbra hasta los abismos!... Verdugo, hierel

Adios, madre querida, adios madre del alma!

EL COMBATE DE LA VIDA

BALADA ALEMANA

I

Las nubes del humo ocultan la última mirada de los que abandonan el mundo; el trueno del cañón apaga las imprecaciones del que cae y el grito de triunfo del que mata. La música vibra en el oído del soldado como una palabra de Esperanza, y el olor de la pólvora mezclado al olor de la sangre, incitan al combate.

La suerte de las armas depende de la artillería que el enemigo ha situado sobre una eminencia. . . . El Jefe escoge la flor de sus

valientes, y mostrándoles con la espada los cañones, les dice:

Adelante, batallón!

II

Dijo, y sin volver la cabeza, se lanzó el primero á la pelea. La masa de guerreros se movió como un solo hombre, siguiendo la dirección marcada. El enemigo dirigió sus fuegos hácia los formidables Cazadores; y la metralla abrió en las filas un enorme claro. . . . A cada paso disminuía el número de soldados. Pero, mártires de una idea, sin arrojar una mirada de dolor sobre el compañero que caía, y ocupaban en silencio su puesto.

Cayó el Jefe, y nadie suspendió la terrible marcha; un Capitán se colocó á la cabeza de los valientes Cazadores, y mostrándoles los cañones fatales, renovó el grito de:

Adelante, batallón!

III

Y los guerreros, mudos, serenos, implacables, prosiguieron el camino, en medio de la lluvia mortal de los cañones. Y morían sin pelear; y caían sin ver la agonía del enemigo, que hace sonreír aún al borde del sepulcro!

Pero ninguno vacilaba; ninguno miraba hacia atrás. No había tiempo ni para estrecharse las manos al morir; ni para encargar al compañero un recuerdo á la mujer amada!

Inevitable era la muerte; pero se seguía avanzando, avanzando sin que la carne temblara.

Cuando el Capitán hubo caído, lo reemplazó un Teniente, al grito magnífico de:

Adelante, batallón!

IV

Y todos fueron cayendo... Uno á uno eran sacrificados por las balas del cañón. El Te-

niente fué sustituido por el Oficial inmediato, y cuando ya no hubo más, un Sargento colocóse al frente del puñado de héroes. ¿Qué quedaba ya? La Gloria de haberse batido como Dioses, siendo hombres!

El enemigo, conmovido ante aquella grandeza sobrehumana, les quiso hacer gracia de la vida; pero los altivos Cazadores, estando á un paso del cañón que los iba á despedazar, no yá uno, sinó todos al mismo tiempo, llamaron á la muerte sobre sus cabezas, arrojando por última vez, el soberbio grito de:

—Adelante, batallón!

Ay! ¿Quién no sacrifica su vida en aras de alguna Fé? ¿Quién no quema el incienso de su carne ó de su alma en el altar de alguna pasión?

Cuando en la lucha con el mundo, veo caer una á una mis Esperanzas, recuerdo á los heroicos Cazadores y digo á las que quedan:

—Adelante, batallón!

ÍNDICE

El hilo secreto	5
Bajo la máscara	13
Entre dos caretas	21
Con careta	29
El número 13	35
Almas invisibles	47
Aristas.	45

LA VENA POÉTICA

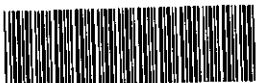
La vena poética	71
El alma que sufre.	77
La copa y los labios	79
Adda	81
El cadalso	83
El combate de la vida.	87

DEL MISMO AUTOR

- En la Brecha*, editado en París, 1 volúmen, agotado.
Novelas y Cuentos, de EDGAR POE, traducidos del inglés, editado en París, 1 volúmen.
Vida de las Instituciones, (estudio de Ciencia Política), 1 volúmen, editado en Buenos Aires, agotado.
Mujeres de Ibsen, 1 volúmen, agotado.
Medallas, 1 volúmen.
Vida Literaria, 1 volúmen.

EN PREPARACIÓN

- Vibriones*, 1 volúmen.
Londres, París, E. Unidos, 1 volúmen.
Ironías, 1 volúmen.
Paradojas, 1 volúmen.
Napoleón, 1 volúmen.



1002104410

